



Cuatro lecturas del problema vasco

ESTE editorial está escrito después de haber enfriado prejuicios antiguos y emociones antiguas y recientes. Una vez escrito, ojos todavía más fríos que los nuestros lo han revisado para que ni esconda nuestra percepción del problema ni hiera a nadie su lenguaje.

Partimos de la base de que existe un problema vasco. No es realista interpretar todo lo que allí sucede como una serie de hechos delictivos que se pueden sustanciar en los tribunales o como «meras incomodidades políticas transitorias» para encajar en el orden constitucional español. Hay algo más: por una parte, existe un porcentaje, impreciso pero importante, de ciudadanos que no se sienten españoles y que parece difícil que puedan sentirse españoles algún día. Por otra parte, existe otro porcentaje, aproximadamente igual, de vascos que al mismo tiempo se sienten españoles. Para los primeros, la pertenencia a España es vivida como una amputación, al menos parcial, de su personalidad vasca; por ello, muchas veces afirman su **vasquidad** en forma de enfrentamiento, a veces con grados de violencia máximos,

contra España. Para los segundos, ser vasco es su forma concreta de ser español; se encuentran cómodos en esa doble pertenencia y se oponen dialécticamente, a veces con agresividad, a los planteamientos nacionalistas que la cuestionan. Ninguno de estos dos mundos quiere renunciar a su posición y ninguno de ellos posee fuerza política suficiente para imponerse.

- Si los ciudadanos que se sienten vascos y no españoles fueran claramente mayoritarios, el problema quedaría muy simplificado, porque una propuesta independentista, por absurda que a algunos parezca, dejaría satisfecha a esa mayoría y, tras un período relativamente corto de asimilación de la independencia, acomodaticiamente tranquilos al resto de los españoles, dentro y fuera del País Vasco. Lo que sucede es que los independentistas no son mayoritarios, pero sí lo suficientemente numerosos para que no puedan ser tratados políticamente del mismo modo que, en una democracia, lo son las minorías no nacionalistas. La **etnicidad** implícita o explícita que acompaña al nacionalismo lo mantendrá en estado de crónico conflicto con una eventual mayoría no nacionalista. Tampoco existen en derecho político fórmulas de identificación étnica sin asignación de territorio, como sí existen en derecho canónico (prelaturas **nullius**, parroquias personales...). Por eso, el problema vasco se plantea siempre en relación con la **territorialidad**.

- Pero ese mismo nacionalismo es consciente de que hay otros vascos que sí se sienten españoles. ¿Qué hacer con ellos? ¿Excluirlos de la ciudadanía? ¿Considerarlos como una generación que debe ser reeducada? El problema tiene, por tanto, dos frentes fundamentales: uno del País Vasco frente al Estado español y otro de la sociedad vasca frente a sí misma. Está claro que no hay policías ni jueces que puedan resolverlo. Pero tampoco llega la solución

*política que amortigüe las tensiones. Se han intentado algunos caminos con éxito muy limitado: La CAV tiene más capacidad de autogobierno que muchos estados federados, la **euskaldunización** progresa rápidamente y, sin embargo, no sabemos si a los 40 años de terrorismo habrá que sumar diez o cuarenta años más. Poco puede hacer nuestra revista para contribuir a una solución del problema vasco, en la que las satisfacciones sean mayores y para el mayor número de personas y las insatisfacciones queden minimizadas. Quizá nuestra mejor contribución consista en ayudar a todos a que vean el problema también con los ojos de los demás. Al fin y al cabo, esta sabia **regula aurea** de los grandes maestros antiguos se identifica básicamente con el imperativo categórico de la razón práctica kantiana. La única forma de ayudar a mirar con los ojos de los demás es describir lo más objetivamente posible esas diversas formas de mirar.*

La mirada del radicalismo abertzale

HB se define desde hace muchos años como «instrumento para la independencia y el socialismo». Es nítida y lo ha sido siempre su aspiración a lograr un espacio político, cultural y económico vasco», diferenciado de Francia y España. «Los estados españoles y francés niegan sistemáticamente la palabra a Euskal Herria. Junto con la participación política, llevan a cabo políticas de asimilación que niegan nuestra identidad y hecho diferencial...» A partir de este aserto, HB propone «devolver la palabra a Euskal Herria» con la finalidad última de que «los seis **herrialdes** (territorios vascos) estén unidos para construir conjuntamente nuestro futuro». La estrategia radical para alcanzar este objetivo ha sido durante muchos años una peculiar simbiosis con ETA, al estilo norirlandés: HB ha actuado como brazo

político, según el modelo del **Sinn Fein** irlandés, y ETA como brazo armado, según el modelo del IRA.

EN 1998 pareció que HB cambiaba de estrategia al decretar una tregua y firmar con los nacionalistas democráticos el **Pacto de Estella o Lizarra-Garazi** por el que ETA «haría callar las armas» a condición de que el PNV y EA se comprometieran en la **construcción nacional activa** mediante la acción política. Su propuesta concreta exige una política de **hechos consumados**, tres de los cuales serían decisivos para imponer la creación del ámbito vasco de soberanía:

- a) **Creación de instituciones democráticas unitarias de todo el ámbito vasco.** La primera de estas instituciones nació inmediatamente, fue **Udalbiltza**, o asamblea de electos, constituida en Pamplona a principios de 1999. La segunda sería un **parlamento de toda Euskal Herria** que se lograría mediante la convocatoria de elecciones en Navarra, CAV e Iparralde.
- b) **Rechazo de las instituciones españolas o francesas en el ámbito vasco.** Lo primero era necesario boicotear activamente la convocatoria de elecciones españolas, posteriormente vendrían otras medidas que implicaban desconocer el Estatuto y la Constitución. La marginación de los partidos españoles o franceses venía a ser una consecuencia de este planteamiento.
- c) **Definición de quiénes son ciudadanos vascos.** Se excluía del derecho a votar a los cuerpos y fuerzas de seguridad y a todos aquellos que «oprimían al pueblo vasco».

Para HB, el éxito dependía de la rapidez con que se ejecutaran los hechos consumados y de la credibilidad que el proyecto independentista consiguiera entre los

ciudadanos. Los resultados de las elecciones municipales del 13 de junio del 99 no permitieron a HB sacar conclusiones en cuanto a la credibilidad del proyecto, pues, si bien su coalición electoral (EH) obtuvo buenos resultados, los otros partidos nacionalistas retrocedieron, de forma que la suma de votos teóricamente independentistas disminuyó respecto a elecciones anteriores. Respecto a la rapidez, está claro que el PNV, pieza decisiva en la convocatoria de elecciones vascas en todo el ámbito vasco, no secundó la propuesta por considerarla inmadura.

Con ello, el radicalismo abertzale entiende que la vía de Lizarra ha fracasado, acusa de este fracaso a «la tibieza y ambigüedad de PNV y EA» y retorna a su discurso anterior: «la violencia es inevitable hasta que se den las condiciones para la construcción nacional democrática».

HB reasume el discurso legitimador de la violencia presente o futura y sigue suministrando **conciencia patriótica y revolucionaria**, es decir, meritoria, a miles de jóvenes que ejecutan el guión en la **Kale Boroka**.

La mirada del nacionalismo democrático

LOS estatutos del PNV recogen su voluntad de independencia. EA es aún más explícito en sus documentos. No obstante, ambos partidos han venido poniendo la autodeterminación y la independencia en un horizonte lejano. Han venido jugando lealmente dentro del marco institucional, aunque sintiendo con frecuencia manifiesta incomodidad y creándola a los demás en no pocas ocasiones. Del análisis continuado de su discurso se infiere que creen que los nacionalistas son más genuinamente vascos que los no nacionalistas. Además se declaran siempre defensores de los derechos humanos y

libres de la tentación totalitaria de ETA. No obstante, en muchas ocasiones, por ejemplo en el Aberri Eguna, se sitúan en una especie de centro, equidistante del radicalismo violento y del españolismo. Esa vía media, que muchas veces constituye la única salida a un problema, no ha funcionado ni puede funcionar en Euskadi, porque esa equidistancia es retórica en lo político e injusta en lo ético: políticamente, en sus objetivos, el PNV y EA no equidistan, sino que están mucho más próximos de HB y de ETA; éticamente deberían estar más cerca del PP y del PSE.

LOS partidos nacionalistas democráticos han confiado simultáneamente en dos procesos que podrían conducirles pacíficamente a la plasmación política de la soberanía vasca: su propia reconstrucción-construcción nacional y el proceso de creación de una Europa de los pueblos.

- **La (re-)construcción interior de la soberanía** cifraba sus esperanzas en que los partidos nacionalistas democráticos fueran creciendo en las urnas hasta estar en condiciones de plantear pacíficamente y ganar, junto con los radicales, un referéndum de autodeterminación. Pero los sucesivos resultados electorales les han demostrado que esa esperanza era, en el medio plazo, poco realista. De hecho han ido progresivamente menguando. La perspectiva de la autodeterminación se alejaba y, probablemente, creyeron que Lizarra volvería a aproximarla. Pero no fue así, sino todo lo contrario. El conjunto de voto nacionalista disminuyó de manera importante en las elecciones legislativas del 12 de marzo de 2000 y ni siquiera el ascenso del PNV puede considerarse como una revitalización en las urnas del nacionalismo, pues no recogió ni la cuarta parte de los votos liberados por la abstención de EH. La distribución

del voto nacionalista aleja del horizonte el sueño de un ámbito vasco de decisión que comprenda todos los herrialdes de Euskal Herria e incluso hace incierta su consecución en todos los territorios de la actual Comunidad Autónoma, ya que el nacionalismo es clarísimamente minoritario en Álava y está igualado en votos con los no nacionalistas en Vizcaya. Es difícil que esta dinámica cambie en el medio plazo, pues el voto nacionalista es minoritario en las ciudades, que siempre se han considerado la «vanguardia social» de cualquier país.

- *La construcción europea pareció en algunos momentos que ofrecía una posibilidad real de territorialización vasca. Los estados actuales son, en cierto modo, un incómodo sandwich debilitado por sus dos bandas: por la banda exterior, no resultan funcionales para gestionar los grandes asuntos, debiendo por eso perder parcelas de soberanía que hasta hace poco eran consideradas atributos **sine quibus non** del Estado; por la banda interior, muchos de ellos carecen del poder y de la cohesión suficiente para integrar las unidades que los conforman. PNV y EA aún confían en una «dependencia directa de Europa que independice al País Vasco de España». Esta esperanza tiene algunas posibilidades, pero muy limitadas. La UE tendrá que enfrentarse de modo directo al problema de encaje de los pueblos sin estado y arbitrar algún procedimiento de más entidad política que ese inocuo Comité de las Regiones, pero el mismo PNV es consciente de que Europa, construida básicamente desde los Estados, «se está blindando contra los etnocentrismos y la fragmentación». Al mismo tiempo que desposee a los Estados de muchos de sus atributos, los fortalece.*

EL nacionalismo democrático se halla actualmente en un delicado momento: HB acusa de

*debilidad y ambigüedad, incluso de deslealtad a los compromisos firmados, compromisos no reconocidos ni por el PNV ni por EA que supeditaron su firma a obtener garantías de respeto a los derechos humanos y a la pluralidad de la ciudadanía vasca. El PSE y el PP les acusan de estar maniatados por ETA y de depender, hasta para mantenerse en el poder, de la voluntad de los radicales. Ellos a su vez se sienten injustamente tratados por los partidos españolistas, a los que acusan de querer satanizarlos y de no reconocer sus esfuerzos por «bajar del monte a ETA». Suscribir Lizarra pudo ser consecuencia de un incorrecto análisis de la situación por parte del PNV, pero también una **apuesta por la paz**, aunque esta apuesta se haya desdibujado al envolver y estar envuelta en una serie de adherencias partidarias. Está claro que PNV y EA aceptaron un precio por la paz, pero también nos parece claro que no aceptaron cualquier precio, como quería HB.*

***EN** este momento, el nacionalismo democrático tiene serias dificultades para hacerse comprender por la ciudadanía, incluso por un sector de su propia militancia. Es consciente de que, al suscribir el **Pacto de Lizarra**, ha comprometido seriamente su suelo electoral y se encuentra ante varios dilemas que ayudan a comprender muchas de sus posturas: mantener Lizarra a cambio de una nueva tregua de ETA o romper con HB-EH sabiendo que eso significa agudizar de inmediato el terrorismo; convocar elecciones, consciente de que las puede perder o enrocarse en su minoría parlamentaria fiando la continuidad del gobierno al apoyo puntual de EH; tratar de aproximarse al PSE, aplazando transitoriamente sus compromisos en la construcción nacional, o mantener estos compromisos en la soledad e incomprensión.*

La mirada del PP y del PSE

EL PP ha mantenido rectilíneamente un discurso antinacionalista sin concesiones; en los dos primeros años de la pasada legislatura (96-97), el gobierno de **Aznar** buscó el entendimiento con el PNV. A partir del 98 el desencuentro es total. **Doctrinalmente**, el PP ha elaborado su definición de España como una **nación plural**, excluyente de cualquier **pluralidad de naciones** y de toda «relectura de la Constitución o del Estatuto que se aleje de esta concepción».

Estratégicamente, sostiene que «el nacionalismo sólo dialoga en apariencia, pues sólo considera dialogante a quien se rinde a sus propuestas»; sostiene también el PP que «el nacionalismo es insaciable: ninguna conquista o concesión contribuye a hacer fluidas las relaciones con él; cada escalón que sube, no es un rellano para descansar sino una plataforma más alta para reivindicar». Para el PP, casi todas las iniciativas del nacionalismo democrático son como trampas a la democracia. Con estos planteamientos, el entendimiento PP-PNV parece quimérico. Ahora bien, esta política ha reportado al PP grandes ganancias electorales en el País Vasco y no es utópico pensar en que se convierta en la fuerza más votada de Euskadi.

El PSOE no es tan monolítico respecto a los nacionalismos; el PSC postula una apertura de la Constitución y de los Estatutos, el PSG se alía con el BNG, etc. Pero, aunque hay matices importantes, en lo que a la cuestión vasca se refiere, las coincidencias entre PSOE-PSE y PP son actualmente casi totales:

- Ambas postulan un País Vasco dentro de España, en el que no existan acotaciones de etnicidad y en el que ningún ciudadano sea considerado más genuinamente vasco que otro.

- *Ambas limitan la solución del contencioso vasco a desarrollar el Estatuto «con los límites y métodos de la democracia, sin acrecentar la insolidaridad con otros territorios».*
- *Ambas creen irrealizables los sueños independentistas, tanto en como fuera de la perspectiva europea.*
 - *Ambas formaciones están siendo víctimas de los atentados de alta y de baja intensidad. Ambas están convencidas de que el gobierno nacionalista, atrapado en el **síndrome de afinidad con sus hermanos descarriados de ETA**, no hace todo lo posible para garantizar las vidas y haciendas de sus militantes y votantes.*
- *Ambas acusan al PNV de intransigencia, victimismo, doble discurso –uno **ad extra** y otro **ad intra**– y de haberse blindado contra el terrorismo con concesiones que en democracia no son admisibles. Ambos consideran que Lizarra es un error y que la «tregua» de ETA fue una trampa.*
- *Ambos acusan al **lehendakari** y al gobierno vasco de «gobernar sólo para los nacionalistas» y no para los vascos que no lo son.*
- *Ambos se niegan a cualquier cooperación con PNV o EA, si previamente estos partidos no rompen con ETA-HB.*

EL gobierno central, cuyo ministro de Interior es el vasco **Mayor Oreja**, milita abiertamente a favor de las tesis de su partido en el País Vasco, pero siempre ha manifestado su decisión de respetar «cualquier opción democráticamente propuesta». No cabe duda de que el gobierno beligerante también contra los nacionalistas democráticos, a los que acusa de haber fracturado la sociedad vasca. Algún nacionalista ha señalado que la

acusación de que «los nacionalistas discriminan a los no nacionalistas» podría retorcerse contra el gobierno, «que discrimina a los nacionalistas». A pesar de su alejamiento doctrinal y de su estrategia de confrontación, el gobierno, el PP y el PSE son conscientes de que, por una parte, deben distanciarse del nacionalismo democrático, con el que compiten electoralmente, y, por otra, es imprescindible cooperar con él para cualquier solución duradera del problema vasco.

Las plurales miradas del ciudadano corriente

LOS *ciudadanos del País Vasco, como los de cualquier territorio, tienen concepciones, esperanzas, filias y fobias muy diversas. Por eso hablamos de plurales lecturas ciudadanas del problema vasco.*

Además, los partidos, aunque imperfectamente, son creadores y cauces de opinión, por lo que las lecturas del problema que hacen los partidos condicionan y representan de alguna manera las lecturas ciudadanas.

Pero hay también una opinión ciudadana que no se limita a reproducir las tesis de un partido, sino que reelabora, relativiza, se distancia o mezcla las propuestas enfrentadas en la palestra política. Es la mirada de estos ciudadanos la que nos parece útil diferenciar por lo que de positivo puede aportar a la solución del contencioso.

Conocemos bien el País Vasco y constatamos:

- 1. La ciudadanía sufre una tensión infinitamente menor que la que manifiestan los políticos.*** *No minimizamos en absoluto los atentados a la convivencia (400 denuncias de vandalismo sólo durante la tregua) ni desconocemos el radicalismo de algunos grupos que expresan violencia en toda situación o de algunas personas que se niegan a servir o tomar un aperitivo con el que supone que vota en otro sentido. En una tertulia*

con profesores vascos, más allá de la pasión que siempre se suele poner en los asuntos de Euskadi, sobrenadaba la esperanza de que la solución está en el sentido común de la gente, en su cotidianidad no afectada de sobredosis política. Algunos han evocado el testimonio de aquel viejo alsaciano: **nací francés en 1860; fui alemán en 1870; volví a ser francés en 1918; de nuevo fui alemán en 1940; ahora, en 1945, soy de nuevo francés. Pero siempre fui alsaciano.** «Muchos ciudadanos aceptaríamos con naturalidad vivir nuestra vasquidad, sucesiva y alternativamente, bajo gobiernos nacionalistas, bajo gobiernos no nacionalistas o bajo gobiernos de coalición. El problema no es de la ciudadanía sino de la ortodoxia partidista».

2. Todos los partidos poseen parte de la solución y ninguno la posee en su totalidad. Las conversaciones en familia, en tertulias de confianza, en el mercado, en los bares reflejan mayoritariamente una demanda de ósmosis entre partidos y de autolimitación. Los ciudadanos coinciden mayoritariamente en afirmar que, si hay solución (máxima pacificación y conflictividad tolerable), ésta tiene que venir por la cooperación de todos los partidos, lo que implica en todos un cierto grado de renuncia a sus propuestas maximalistas.

3. Todos los partidos son parte del problema. Evidentemente la contribución a crear o hacer insoluble el problema es mucho mayor cuanto más radicales son las posturas. Pero afecta en algún grado a todos. Son muchos los ciudadanos vascos, procedentes de todos los entornos, que querrían pedir cuentas a sus políticos, exigirles una autocrítica en la que pongan en la balanza lo que aportan a solucionar el problema y lo que aportan a crearlo o mantenerlo. No habrá solución si todos los partidos se proponen como solución y ninguno de ellos se

reconoce como problema. Si miraran con nuestros ojos de ciudadanos descubrirían cuánta parte de quimera hay en sus propuestas y cuánto ayudaría a la pacificación que lo reconocieran.

4. Sobra religión y falta política. Nacionalistas y no nacionalistas están atrapados en una dialéctica perversa que consiste en acosar al adversario hasta que desista. Parecen haber resucitado los ancestrales demonios tribales de **Cree o muere** y **Cuius regio, illius religio**. Falta el impulso político, relativizado, posibilista, y sobra el discurso religioso, esencialista, irreformable y anatematizador de la disidencia. Sobran certezas y falta incertidumbre.

5. Existen límites cuya transgresión es más grave que la persistencia del problema. Afortunadamente, las encuestas constatan que la mayor parte de las personas tienen bastante claro que el derecho individual a la vida, la dignidad, la igualdad y la libertad de expresión son bienes de naturaleza ética superior a la de cualquier otro bien individual, étnico o nacional. De ahí que sea automáticamente rechazable cualquier propuesta de solución que, conceptual o prácticamente, altere esta jerarquía de valores.

LA sensatez de las gentes nos hace ser optimistas respecto al futuro. Además de las cinco grandes líneas de lectura ciudadana que acabamos de enumerar, hemos encontrado en la gente un extraordinario grado de **generosidad condicionada**: desde personas allegadas a recientes víctimas que están dispuestos a aceptar la liberación de los verdugos «siempre que tengan voluntad de no reincidir» hasta algunos empresarios y profesionales —de Euskadi y de fuera de Euskadi— que están dispuestos a pagar voluntariamente un **impuesto revolucionario**

*«a condición de que se aplique a financiar el paro de ETA». Sin esta generosidad y sin este sentido común de la ciudadanía, la solución política no será posible. Pero tampoco basta con ello. Es preciso que los radicales acepten la **condición de generosidad** y que todos los partidos miren al futuro con los mismos ojos de la ciudadanía.*

La necesidad de una refundación sindical

S*I no existieran, se deberían inventar. El reciente recambio en el liderazgo del sindicato Comisiones Obreras y la mayor conciencia acerca de los retos que nos plantean la globalización, el nuevo modo de desarrollo tecnológico y las nuevas formas de organización de la empresa han sido motivo de una nueva visita de la opinión pública al debate sobre el futuro papel de los sindicatos.*